

CAROLINA

Comedia en un acto

PERSONAJES:

Carolina, 28 años.
Carlos, 33 años, su marido.
Fernando, un estudiante.
Portaequipaje.
Otros personajes mudos.

La acción se desarrolla en una estación de pueblo (Chile).

Hora: Atardecer de verano.

Epoca: Actual.

Al abrirse la cortina, se verá movimiento de gente. Fernando entra con una caja de violín y un maletín y se sienta en un banco. Vendedora, etc. Luego se verá entrar a Carlos, precedido de un portaequipaje que lleva algunas maletas.

CARLOS. —Está bien; déjelas ahí, por favor... Tome. *(Le da una propina.)*

PORTAEQUIPAJE. —Gracias. *(Inicia mutis.)*

CARLOS. —Espere... ¿cuánto falta para nuestro tren?

PORTAEQUIPAJE. —¿Para el expreso a Santiago?

CARLOS. —No, hombre; vengo de Santiago. ¿Cuánto falta para el tren local?

PORTAEQUIPAJE. —Unos cuarenta minutos.

CARLOS. *(Mientras se aleja el Portaequipaje.)* Cuarenta

CAROLINA

Comedia en un acto

PERSONAJES:

Carolina, 28 años.

Carlos, 33 años, su marido.

Fernando, un estudiante.

Portaequipaje.

Otros personajes mudos.

La acción se desarrolla en una estación de pueblo (Chile).

Hora: Atardecer de verano.

Epoca: Actual.

Al abrirse la cortina, se verá movimiento de gente. Fernando entra con una caja de violín y un maletín y se sienta en un banco. Vendedora, etc. Luego se verá entrar a Carlos, precedido de un portaequipaje que lleva algunas maletas.

CARLOS. —Está bien; déjelas ahí, por favor... Tome. (*Le da una propina.*)

PORTAEQUIPAJE. —Gracias. (*Inicia mutis.*)

CARLOS. —Espere..., ¿cuánto falta para nuestro tren?

PORTAEQUIPAJE. —¿Para el expreso a Santiago?

CARLOS. —No, hombre; vengo de Santiago. ¿Cuánto falta para el tren local?

PORTAEQUIPAJE. —Unos cuarenta minutos.

CARLOS. (*Mientras se aleja el Portaequipaje.*) —Cuarenta

minutos... ¡qué barbaridad! ¡Por qué diablos no hacen coincidir los trenes de transbordo..., sería demasiado pedir!

(Entra Carolina cargada de paquetes, maletín y chal de viaje. Viene terriblemente distraída y sigue de largo sin ver a Carlos.)

CARLOS. —¡Carolina! ¿Dónde vas, mujer, por Dios... (Ella se detiene y se dirige hacia él.) Aquí están nuestras cosas... A ver, dame esos paquetes. (Le ayuda a colocar paquetes sobre el banco.) Sabiendo que teníamos un transbordo, ¿cómo no se te ocurrió colocar estos paquetes dentro de alguna maleta?

CAROLINA. (Distraída.) —Sí, Carlos.

CARLOS. —Estoy seguro de que no vas a necesitar ni la mitad de lo que llevas. ¡Caja de sombreros! ¿Vas a usar sombrero en el campo?

CAROLINA. —Sí, Carlos.

CARLOS. —¿Desde cuándo que las mujeres usan sombrero en el campo?

CAROLINA. —No sé, Carlos.

CARLOS. —Una, dos, tres, cuatro maletas, un maletín, cuatro paquetes y un chal... Oye, ¿no eran cinco paquetes?

CAROLINA. —Sí, Carlos.

CARLOS. —¡Perdiste un paquete y te quedas tan tranquila!

CAROLINA. —No, Carlos.

CARLOS. —Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Eran cinco o eran cuatro?

CAROLINA. —Cuatro, Carlos, cuatro.

CARLOS. (Se sienta y abre el periódico.) —¡Cuándo van a aprender las mujeres a viajar con lo necesario!

CAROLINA. —Sí, Carlos.

CARLOS. —¡Sí, Carlos...; no, Carlos! (Mostrando el diario.) Pasando a otra cosa, venía leyendo en el tren un par de avisitos muy sugerentes... Aquí están; escucha: "Refrigerador en buen estado compro al contado, sin intermediarios... Tratar, etc., etc..." Y este otro: "Vendo Chevrolet 50, cuatro puertas, flamante, facilidades". Fíjate el detalle: el refrigerador lo compran al contado y el auto lo venden con facilidades, de modo que podríamos vender nuestro refrigerador, dar el pie para el auto y el resto pagarlo en letras. Sé que el refrigerador es indispensable, pero tenemos la hielera de tu madre, se puede pintar y queda estupenda... En fin, tú dirás.

(Mirando a Carolina y viendo que está totalmente distraída.) Carolina... ¡Carolina!

CAROLINA. —Sí, Carlos.

CARLOS. —Oye..., ¿qué te pasa?

CAROLINA. —¿A mí? (Sonríe.) Nada. ¿Por qué?

CARLOS. —Hace media hora que contestas "sí, Carlos" sin tener idea de lo que dices.

CAROLINA. —¡Carlos, por Dios! Sé perfectamente lo que digo. Digo: "Sí, Carlos".

CARLOS. —Bueno, ¿qué opinas?

CAROLINA. —¿Qué opino?

CARLOS. (Conteniéndose.) —Sí. Qué opinas.

CAROLINA. —Bueno..., ¿sobre qué, por ejemplo?

CARLOS. (Golpeando suavemente el diario.) —Sobre estos avisos, por ejemplo.

CAROLINA. —¡Ah, sí! Tienes razón. Trae demasiados avisos. Deberían dedicar más espacio a la literatura.

CARLOS. (Expresión de mártir.) —¡A la literatura!

CAROLINA. —Pero, Carlos..., tú siempre has dicho eso. ¿Por qué tratas de confundirme? Estoy perfectamente de acuerdo contigo.

CARLOS. —Sí, porque no tienes idea de lo que estoy hablando.

CAROLINA. —Bueno, entonces dime de qué se trata, pero no te sulfures.

CARLOS. —Se trata de vender nuestro refrigerador...

CAROLINA. (Interrumpiéndolo.) —¡Ay, no, Carlos!... ¡Se corta la leche! ¡De ninguna manera!

CARLOS. —Aún no he terminado: se trata de cambiarlo por un auto. (Le va a indicar los avisos, pero ella lo interrumpe otra vez.)

CAROLINA. —¡Las ideas tuyas! ¿Quién va a querer cambiar un auto por un refrigerador?

CARLOS. —¿Quieres darte el trabajo de leer estos avisos? (Cambia de idea y tira el diario al suelo.) ¡Al diablo! ¡Lo que me interesa ahora es saber en qué estabas pensando!

CAROLINA. —Pero, Carlos. (Se levanta y recoge el diario.) ¿Por qué tienes que tirar siempre las cosas al suelo?

CARLOS. —No cambies el tema, Carolina.

CAROLINA. —No cambio el tema, lindo. Recojo el diario. Siempre te alteras terriblemente con los viajes en tren.

CARLOS. (Imitando el tono suave de ella.) —No es con los viajes en tren, querida.

CAROLINA. —Ay, para qué tomas ese tono de marido controlado.

CARLOS. —¿Por qué no me quieres decir en qué estabas pensando?

CAROLINA. —¿Yo?

CARLOS. —Sí, tú.

CAROLINA. —Cómo quieres que sepa en qué estaba pensando... En nada... Así..., pensaba en nada.

CARLOS. —Entonces deduzco que durante todo el viaje te viniste pensando en nada, porque traías la misma expresión lunática.

CAROLINA. —¿Es un pecado?

CARLOS. —No; es una mentira. No se puede pensar en nada durante tanto tiempo seguido; un esfuerzo continuado por mantener la mente en blanco agota hasta los cerebros más entrenados.

CAROLINA. —Por Dios, Carlos, cómo puedes ser tan complicado. No hice el menor esfuerzo. Además, cuando digo nada quiero decir... todo...

CARLOS. (*Dirigiéndose a un testigo imaginario.*) —Cuando dice "nada" quiere decir "todo".

CAROLINA. —¿Para qué repites lo que digo? Me mortifica.

CARLOS. —Repito para poner en evidencia lo ilógico de tus respuestas. Y eso es lo que te mortifica.

CAROLINA. —Oye, estás poniendo una terrible mala voluntad en esta conversación. En general me entiendes perfectamente.

CARLOS. —No cuando tratas de engañarme. (*Tomándola por sorpresa.*) ¿Qué fue ese sobresalto que tuviste al llegar a Rancagua?

CAROLINA. —Te dije: un calambre de tanto estar sentada.

CARLOS. —¿Y ese otro cerca de Pelequén?

CAROLINA. —Otro calambre de tanto estar sentada. ¿Qué tiene de particular?

CARLOS. —Y el de... (*Gesto.*)

CAROLINA. —¿Chimbarongo?

CARLOS Y CAROLINA. (*Simultáneamente.*) —Otro calambre de tanto estar sentada... (*Pausa.*)

CAROLINA. —Ay, lindo, por favor no sigamos con discusiones inútiles. (*Carlos se busca en los bolsillos y se aleja.*) ¿Adónde vas?

CARLOS. —A comprar cigarrillos... (*Mutis.*)

(*Carolina lo mira salir. Luego, distraídamente, se acer-*

ca al banco y empieza a arreglar algo en sus paquetes y maletín. Ladra un perro. Carolina lo espanta y sigue ocupada con sus cosas. Fernando, que está sentado en otro banco desde el principio de la escena, la contempla embobado. Se levanta y se acerca, indeciso.)

FERNANDO. (*Luego de aclararse la garganta, tímidamente, de espaldas a ella.*) —¿Van a tomar el tren local?... Yo también... No crea, por favor, que tengo la costumbre de acercarme así a las señoras... y hablarles... Se trata de... una circunstancia especial y me resulta bastante difícil... (*Al decir esto con un gesto tira al suelo uno de los paquetes de Carolina, lo recoge solícito y se lo pasa diciendo.*) Como le decía...

CAROLINA. —¡Ah! Pero... ¿me estaba hablando a mí?

FERNANDO. —¿Y a quién otra? Naturalmente que le estaba hablando a usted. (*Con un ademán involuntario vuelve a tirar un paquete al suelo y lo recoge presuroso.*) Perdone..., soy de una torpeza...

CAROLINA. (*Divertida.*) —Deje ahí ese pobre paquete... y tenga la bondad de repetir su pregunta; estaba distraída.

FERNANDO. —¿Mi pregunta? ¿Qué pregunta? (*Ofendido.*) No tiene importancia. (*Pausa. Cambia de parecer y se acerca nuevamente.*) Le decía que no es mi costumbre dirigirme a una dama sin haberle sido presentado, que es la primera vez que lo hago...

CAROLINA. —Muy mal hecho.

FERNANDO. —Carolina... (*Confundido por haber dicho su nombre, agrega.*) Señora..., estoy seguro de que está usted muy por encima de esos convencionalismos.

CAROLINA. —Sabe usted mi nombre...

FERNANDO. —Sí, sé su nombre... No hay nada que me sepa tanto como su nombre... Carolina...

CAROLINA. —Mire, joven, ¿qué es lo que usted pretende? Porque si lo que pretende usted es...

FERNANDO. (*Interrumpiéndola.*) —No, no pretendo nada y por favor no me llame "joven"... Sólo quería decirle que la he venido observando durante todo el trayecto en el tren y me pareció que traía usted una terrible preocupación. Entonces, pensé que tal vez podría hacer algo por ayudarla... Estoy dispuesto a cualquier cosa. Sinceramente.

CAROLINA. (*Observándolo.*) —Me extraña tanto interés de parte de un desconocido.

FERNANDO. —¡Le juro que no soy un desconocido!

CAROLINA. —Sin embargo, tiene usted todo el aspecto.

FERNANDO. —Qué importa el aspecto... Carolina, ¿no comprende usted que alguien que la admira desde hace tanto tiempo no puede ser un desconocido?

CAROLINA. —Ah, sí. Comprendo.

FERNANDO. —Gracias, Carolina.

CAROLINA. —Comprendo que está usted tratando de hacerme la corte.

FERNANDO. —¡Dios mío! ¿Y si así fuera? ¿Es tan espantoso? ¿No le han hecho nunca la corte?

CAROLINA. —No me interesa. Soy una mujer casada. Y perdóneme, pero tengo un grave problema que resolver, de modo que no puedo dedicarle más tiempo. (*Se aleja.*)

FERNANDO. —¡Precisamente lo que quiero es ayudarla a resolver ese problema!

CAROLINA. —¡Pero si no lo conozco!

FERNANDO. —¿Y eso qué importa? Mire..., supongamos que una tarde cualquiera nos encontramos, usted y yo, en el Parque Forestal... Alguien nos presenta: Carolina, una mujer encantadora... Fernando, un estudiante de ingeniería. Ya está. Encuentros como éstos suceden a diario. Y ahora nos hemos vuelto a encontrar en esta estación de transbordo, pero usted, claro, se ha olvidado de mí.

CAROLINA. —Completamente.

FERNANDO. —¡Ah! Si se ha olvidado es que antes nos conocíamos, ¿no?

CAROLINA. —Hay que ver que es usted insistente. Bueno, ya está. (*Le tiende su mano y se la estrecha.*) Cómo le va. Y ahora... ¿me permite concentrarme en mi asunto?

FERNANDO. —Entonces... ¿no me va a decir qué es lo que le preocupa?

CAROLINA. —¡No!

FERNANDO. —¡Es usted de lo más testaruda!

CAROLINA. —Y usted... ¡de lo más impertinente! ¿Qué se ha creído? ¡Llamaré a Carlos!

FERNANDO. —Bueno. Llame a Carlos. (*Pausa.*) Con las mujeres todo resulta terriblemente complicado. ¿Qué le cuesta ser más sencilla y aceptar mi ayuda? Cualquiera diría que se ofende porque se la ofrezco. ¿O es que le caigo antipático? Ah... (*acusando con el gesto que ha visto venir a Carlos de lejos*), le hablaré a su marido. Estoy seguro de que él me reconocerá. Usted, claro, nunca se

7
ha dado el trabajo de mirarme siquiera; sin embargo, nos vemos todos los días. (*Se acerca a la caja del violín y en actitud de tocarlo le dice.*) Míreme. ¿No le resulto vagamente familiar?

CAROLINA. —¡Ah! (*Mostrándolo.*) ¡El vecino del violín! No me diga..., pero claro, ya decía yo que lo había visto en alguna parte...

(*Entra Carlos diciendo entre dientes: "Maldito pueblo"..., etc. Fernando se aleja discretamente y Carolina le sonríe a Carlos.*)

CAROLINA. —¿Encontraste cigarrillos, Carlos?

CARLOS. —No. (*Se sienta.*)

FERNANDO. (*Desde su puesto.*) —Le puedo ofrecer de los míos...

CARLOS. —No; gracias. No se moleste. (*Por detrás del periódico, a Carolina, entre dientes.*) No iniciar conversaciones con desconocidos en los viajes. Después no hay cómo quitárselos de encima.

CAROLINA. (*Pícara.*) —Carlos, ¿pero no te acuerdas? ¡Es Fernando!

CARLOS. (*Con expresión estúpida.*) —Ah, Fernando..., sí, claro..., evidente. (*A él.*) Cómo está..., ¿de viaje?

FERNANDO. —Sí, de viaje. ¿De veras, no quiere fumar? (*Le tiende la cajetilla de cigarrillos.*)

CARLOS. —¿Tabaco negro? Bueno, le acepto. Es increíble que no haya aquí un sitio donde comprar cigarrillos. Está todo cerrado.

FERNANDO. —Espere... Si no me equivoco, lo que debe estar abierto a esta hora es el club.

CARLOS. —¿Dónde está el club?

FERNANDO. —El club del hotel. Claro, y el hotel tiene que estar abierto.

CAROLINA. —¡Eso es!, ¡por supuesto! El hotel tiene que estar abierto.

CARLOS. —Puntualicemos. ¿Dónde está el hotel?

FERNANDO. —Al final de la calle principal. Es decir..., en la plaza. Y la plaza la encontrará usted siguiendo derecho por la calle principal.

CARLOS. (*Dudoso.*) —Bien. Cuál es esa calle principal. ¿Cómo se llama?

CAROLINA. —Ay, Carlos..., ¿cómo no vas a distinguir la calle principal?

FERNANDO. —Sí, claro, es la más ancha y la más larga...

Saliendo de la estación, me parece que es... hacia ese lado. La encontrará enseguida. Llegando a la plaza, verá usted un cine... (*indica con las manos*) chiquito... Y acá está la iglesia... (*Va a indicar, se arrepiente.*) Bueno, es una iglesia corriente... Y acá está el hotel... Savoy... ó Crillon, me parece.

CARLOS. (*Con creciente desconfianza.*) —Bien..., veremos... (*Mutis hacia el lado que Fernando le indica que es el contrario por donde fue la primera vez en busca de cigarrillos.*)

FERNANDO. (*Acercándose a Carolina impetuoso.*) —Gracias, Carolina... ¡Qué inteligente es usted!

CAROLINA. —¿Por qué? ¿Qué he hecho?

FERNANDO. —¡Me ayudó a alejar a su marido!

CAROLINA. —¿A alejar a mi marido? Qué quiere decir... Oiga..., ese club entonces...

FERNANDO. —Todos los pueblos son iguales, Carolina. Tiene que haber un hotel y un club en la plaza. No se preocupe, ya lo encontrará. Y ahora, dígame, ¿cuál es ese terrible secreto?

CAROLINA. —¿Qué le hace pensar que es un secreto?

FERNANDO. —Carlos no lo sabe.

CAROLINA. —Hay muchas cosas que es mejor que los maridos no sepan.

FERNANDO. —Desde luego.

CAROLINA. —Sería amargarles la existencia.

FERNANDO. (*Aire de complicidad.*) —Comprendo...

CAROLINA. —¡Le prohíbo pensar en nada vulgar!

FERNANDO. —No, cómo se le ocurre... Y bien..., dígame pronto ¿en qué puedo ayudarla?

CAROLINA. —Bueno, ya que insiste... Dijo usted antes que era estudiante de ingeniería, ¿no? (*El asiente.*) En ese caso, creo que me podría dar algunos datos técnicos.

FERNANDO. (*Emocionado.*) —¡Usted..., tan femenina, tan encantadora, hablando de datos técnicos! (*Ella lo mira asombrada por su arrebató.*) ¿Qué quiere? ¡Me emociona!

CAROLINA. —¡Pero qué ridiculez! ¡Contrólese, por favor!

FERNANDO. —No me importa hacer el ridículo, ni me puedo controlar. Hace tantísimo tiempo que espero la ocasión de hablarle, de poder participar en algo suyo..., de... (*Cambio brusco.*) Bueno, pero si se empeña, le puedo dar millares de datos técnicos. ¿Sobre qué?

- CAROLINA. —Sobre, digamos, sobre la resistencia de ciertos materiales al fuego...
- FERNANDO. —¿Resistencia de materiales al fuego? No me diga ni una palabra más. Me lo imagino todo. Carolina, si es lo que yo supongo, creo que no se los daré.
- CAROLINA. —¡Sabe que tiene gracia! ¿Qué es lo que supone?
- FERNANDO. —Está claro: necesita dinero y ha decidido trabajar a escondidas de su marido; seguramente le ofrecieron un puesto en una firma de constructores, sección venta de materiales; por eso necesita esos datos técnicos... Carolina, déjeme tomar yo ese trabajo, le daré íntegro mi sueldo. Yo no lo necesito.
- CAROLINA. —Pero... ¡qué se ha imaginado!
- FERNANDO. —Le juro que no me imagino nada. No pediré absolutamente nada a cambio. Por favor..., tenga la sencillez de aceptar.
- CAROLINA. —Muy generoso de su parte, joven. Supongamos que aceptó, ¿de qué vivirá usted?
- FERNANDO. —¿Yo? Del milagro, como he vivido hasta ahora... ¡Si hay que robar, robaré..., no tengo ningún prejuicio!
- CAROLINA. —Usted está completamente loco. No sé cómo hemos llegado a hablar de estas cosas tan absurdas... Además, no necesito dinero, ¿está claro?
- FERNANDO. (*Resignado.*) —Está claro.
- CAROLINA. —Ahora, preste atención; se trata de una pequeña gran tragedia (*afligida*), algo ridícula..., pero...
- FERNANDO. (*Enfático.*) —Sí, comprendo, las pequeñas tragedias son siempre las peores.
- CAROLINA. —¡No me interrumpa! ¡No hace más que decir tonterías, mientras yo estoy sobre ascuas!
- FERNANDO. —Las llama tonterías... Estoy dispuesto a dar la vida por usted y las llama tonterías..., ¡hay que ver!
- CAROLINA. —No quiero su vida, ¡quiero esos datos técnicos!
- FERNANDO. —¡Y yo no quiero que usted trabaje!
- CAROLINA. —¿Ah, sí? ¿Y con qué derecho se mete usted en mi vida? ¡Tra-ba-ja-ré!
- FERNANDO. —¡Antes pasará sobre mi cadáver!
- CAROLINA. —¿Qué? ¿Su cadáver? ¡Dios mío! Usted me hace perder la cabeza. ¡Si jamás he pensado en trabajar!
- FERNANDO. —Gracias... (*Coge una de sus manos.*) ¡Sabía que terminaría por acceder!

CAROLINA. —¡Por favor! ¡Le digo que "jamás" he pensado en trabajar!

FERNANDO. —Hubiera jurado que antes dijo "tra-ba-ja-ré".

CAROLINA. (*Se lleva las manos a la cabeza.*) —Por favor: vá-yase..., váyase... ¡Déjeme en paz!

FERNANDO. (*Pausa. Muy triste.*) —Carolina..., ¿qué le pasa? ¿Por qué me trata de esa manera? Sólo quería ayudarla... ¿O he dicho algo que no debo? Créame que no me lo perdonaría, porque yo... (*Pausa.*)

CAROLINA. (*Curiosa.*) —Usted... ¿qué?

FERNANDO. —Porque yo... estoy enamorado de usted... (*Pausa larga.*)

CAROLINA. (*Turbada.*) —No... esperará que le crea, ¿verdad?

FERNANDO. —No, claro, no me atrevería a esperar tanto.

CAROLINA. —¿Amor a primera vista? Usted no sabe lo que dice. Lo que sucede es que es usted muy joven... y se imagina cosas...

FERNANDO. —No, Carolina, no me imagino cosas. Hace cuatro meses que no puedo estudiar, ni hacer nada..., sólo pensar en usted. He tratado de quitarme esta idea de la cabeza, pero... no es posible.

CAROLINA. —¡No sea tan romántico!

FERNANDO. —El amor es romántico, Carolina. Escuche: cuando la divisé a usted en el jardín, creí estar viendo visiones, era exactamente igual a ella, sus mismos ojos, tan grandes, su sonrisa, el color de su pelo..., se le parecía tanto...

CAROLINA. —¿A quién?

FERNANDO. —¿Cree usted que los seres vuelven a la tierra, una y otra vez?

CAROLINA. —¿Pero de qué está hablando, por favor?

FERNANDO. —Ríase de mí y llámeme romántico si quiere, pero la verdad es que cuando pequeño me enamoré perdidamente de una tía muy bonita que murió joven, es decir de su retrato; una miniatura que tenía en la cabecera de mi cama. Era tan linda, que por darle gusto a ella era capaz de muchas cosas... Bueno, ya casi la había olvidado, cuando de pronto, una tarde, estaba tocando mi violín frente a la ventana y se me apareció, allí, en el jardín de su casa.

CAROLINA. —Quién, ¿su tía?

FERNANDO. —No; usted, Carolina. Fue como un sueño. Se

le parece usted tanto, me la imagino vestida a la antigua, llevando manguito y quitasol de encaje... Desde que la vi, Carolina, todo ha cambiado... Sé que no puedo esperar nada, pero, a pesar de todo, me siento como en el cielo.

CAROLINA. —Feliz usted..., porque lo que es yo... ¡estoy en el infierno!

FERNANDO. —Carolina..., discúlpeme..., su pequeña tragedia, la había olvidado..., dígame... ¿de qué se trata? ¡Cuénteme!

CAROLINA. —Se trata... de una "olla", ¿entiende? ¡De una olla!

FERNANDO. (*Cayendo casi sobre una maleta, deprimido.*)
—¡Carolina! Por qué tenía que hablarme a mí de ollas...

CAROLINA. —¡Pues sepa que de lo único que puedo hablar en este momento es de "ollas"!

FERNANDO. (*Sin mirarla.*) —¡Horrible artefacto!

CAROLINA. —¡Sí, horrible artefacto! La odio... ¡La odio con toda mi alma!

FERNANDO. —Tanto apasionamiento por una olla..., ¡francamente no comprendo!

CAROLINA. —¡Ah, al fin hay algo que usted no comprende ni adivina! Y claro, cómo lo va a entender si se trata de un simple hecho cotidiano, ¡de la realidad!, que usted ignora. Escuche: media hora antes de salir, Carlos me dice: "Me carga almorzar en el coche comedor, prepara cocaví".

FERNANDO. (*Que la contempla, dice para sí.*) —¡Genial!

CAROLINA. (*Sin oírlo.*) —Me voy a la cocina, preparo unos sandwiches y pongo mientras tanto una olla, de fierro enlozado, de este tamaño (*indica con las manos*) y así de alto..., con agua y huevos para cocer...

FERNANDO. —Describe usted con tanta vida que me parece que lo estoy viendo...

CAROLINA. —Y yo no he hecho otra cosa que estarlo viendo durante todo el trayecto: contra el verde del paisaje, contra los postes del alumbrado, contra la ventanilla del tren...

FERNANDO. —¿Qué cosa?

CAROLINA. —¡La olla inflamada!

FERNANDO. —Ah..., pobrecita..., ¡Ahí fue cuando dio usted el primer sobresalto!

CAROLINA. —Sí, al llegar a Rancagua, cuando recordé que

había dejado la olla hirviendo y que seguiría hirviendo durante quince días... ¡Estos quince días de vacaciones, en los que me prometía tanta paz y sosiego, los pasaré sobre ascuas!

FERNANDO. —Carolina..., una olla no puede hervir durante quince días. ¡Tómelo con calma!

CAROLINA. —¡Pero si eso es lo peor! Dejará de hervir cuando se evapore el agua..., entonces la olla se calienta al rojo, ¡incendio!, se quema nuestra casa, que ni siquiera hemos terminado de pagar..., y quizá el incendio cunda por toda la cuadra... Qué responsabilidad tan horrible... *(El trata de tranquilizarla con el gesto.)* En el tren venía pensando que tal vez podría telefonar desde aquí a algún vecino...

FERNANDO. —¿A su vecino del violín, por ejemplo?

CAROLINA. —Sí, y decirle que entre por la ventana o qué sé yo.

FERNANDO. *(Cariñoso.)* —¡No tengo teléfono, Carolina!

CAROLINA. —Entonces, sugiera algo, por favor... Yo estoy tan confundida, que no atino a nada... He venido estrujándome el cerebro desde Rancagua...

FERNANDO. —Ah, sí, los sobresaltos... ¿Qué fue el de Chimbarongo?

CAROLINA. —¿El de Chimbarongo? ¡Ah! El cajón de basuras. Recordé que está justo bajo la cocina, está lleno de papeles y es... ¡de madera! ¿Se da cuenta?

FERNANDO. —Vamos por partes. Reconstituyamos la escena. *(Se dispone a hacerlo.)*

CAROLINA. —Ah..., ¡por fin se ha vuelto usted comprensivo! *(Ambos se mueven, accionando, en un diálogo muy dinámico.)*

FERNANDO. —¿Cocina a gas o eléctrica?

CAROLINA. —A gas. Aquí está la cocina. Acá un mueble *(añadida)* de "madera"... Allí la puerta del closet. Espere..., aquí una silla con asiento de "totora".

FERNANDO. —¿Qué más?

CAROLINA. —Y el cajón con papeles, ¡bajo la olla prácticamente!

FERNANDO. —¡A la hora se evaporó el agua!

CAROLINA. —¡Sí, no era mucha!

FERNANDO. —A las dos horas la olla está al rojo.

CAROLINA. —¡Horrible!

FERNANDO. —¡Los huevos pulverizados!

CAROLINA. —¿Y eso qué importa?

FERNANDO. —Hay que revisar todos los detalles.

CAROLINA. —¿Usted cree?

FERNANDO. —Una olla vacía reacciona de distinta manera que una olla con huevos.

CAROLINA. —Dios mío..., ¡sigamos!

FERNANDO. —¿Era de aluminio?

CAROLINA. —De fierro enlozado.

FERNANDO. —¡Primero, se salta el esmalte!

CAROLINA. —¡Qué importa el esmalte!

FERNANDO. —Ya le dije que...

CAROLINA. (*Sin poder contenerse.*) —No me diga nada: la olla salta dentro del cajón con papeles, arde la casa entera.

FERNANDO. (*Tomando sus manos para tranquilizarla.*) —Pero cálmese, Carolina..., ¡las ollas "no saltan"!

CAROLINA. —Lo dice para tranquilizarme.

FERNANDO. (*Acercándose más.*) —No; le juro que no saltan.

CAROLINA. (*Impetuosa, lo abraza.*) —¿De veras?... Ay Dios mío, si fuera cierto..., entonces...

FERNANDO. (*Mientras la tiene en sus brazos, cerrando los ojos. Como para sí, melancólicamente.*) —¡Qué lástima que exista Carlos!

CAROLINA. (*Retirándose digna.*) —¿Qué?, ¿qué insinúa?

FERNANDO. —Nada..., digo ¡qué lástima que va a llegar Carlos!...

CAROLINA. —Huy, es cierto... Entonces no vamos a poder resolver nada... Por favor, busque la manera de alejarlo otra vez... con cualquier pretexto, y trate de averiguar si estamos asegurados contra incendios. Dígale, por ejemplo, que usted vende seguros... Pero con mucho disimulo, no quiero que él sospeche... ¿Lo hará?

FERNANDO. —Me pide usted cosas fáciles, pero hartamente difíciles. Casi preferiría que me pidiera cosas más difíciles, pero que me resultaran más fáciles, ¿comprende?

CAROLINA. (*Distraída.*) —No, lindo, pero no importa.

FERNANDO. (*Muy emocionado.*) —¡Carolina!

CAROLINA. —¿Qué pasa?

FERNANDO. —Usted..., usted...

CAROLINA. —¿Qué cosa?

FERNANDO. —Me llamó "lindo"..., a mí..., es una muestra de cariño tan espontánea..., casi, me atrevería... a creer que...

CAROLINA. —No, no, no debe creer nada... No empecemos a creer cosas, ¿quiere? (*Fernando le indica con el gesto que viene Carlos. Entra Carlos, ambos adoptan una actitud discreta.*) ¿Cómo te fue, Carlos?

CARLOS. (*Dándose tiempo y con una sonrisa.*) —Mal.

CAROLINA. —¡No me digas! ¿No estaba abierto el club?

CARLOS. —¿Qué club?

CAROLINA. —El del hotel..., en la plaza...

CARLOS. —No había club, ni hotel, ni plaza. Ni calle principal.

CAROLINA. —Carlos..., un pueblo que no tiene plaza. ¡Estás divagando!

CARLOS. —Mira: este pueblo no es a lo ancho, sino a lo largo. Y no tiene plaza. Es más, creo, que no tiene pueblo. (*Se sienta y se dispone a leer el diario.*) Y ahora, ¿me permiten ustedes?

FERNANDO. —Creo que la culpa es mía... Seguramente me equivoqué de pueblo... Antes el transbordo... se hacía más allá...

CAROLINA. —¿Viaja mucho?

FERNANDO. —Sí, mucho...

CAROLINA. (*Iluminada, haciendo señas para ayudar a Fernando.*) —Qué interesante... ¿Se debe a su trabajo?... Quiero decir, ¿a su profesión? (*Le hace señas recordándole lo de los seguros.*)

FERNANDO. (*Cayendo al fin.*) —Ah, sí..., en efecto, se debe a mi trabajo. Soy asegurador..., pólizas contra incendio. La compañía tiene sucursales en provincias... y yo soy..., bueno..., el coordinador provincial... (*Sonríe estúpidamente a Carlos.*)

CAROLINA. —¡Ah! Me imagino que ganará usted un montón de plata, ya que se trata de algo... tan... tan imprescindible..., quiero decir de... vital importancia, ¿no?

FERNANDO. —Sí, por supuesto. Uno puede hacerse rico vendiendo seguros contra incendio. Hay tantos incendios, ¿no?

CAROLINA. —A propósito, Carlos, estamos asegurados, ¿verdad?

CARLOS. —¿Nosotros? ¿Para qué?

CAROLINA. —Nuestra casa, tontito, nuestra casa.

CARLOS. —No.

CAROLINA. (*A Fernando, luego de un ligero desconcierto.*) —¡Ah!, si no estamos asegurados, será por algo. Quiere

decir que nuestra casa debe ser muy resistente al fuego. Si no, Carlos hubiera tomado un seguro. Es muy previsor.

CARLOS. —Ardería como una caja de fósforos.

CAROLINA. —Ah... (*Para sí, muy triste.*) De todos modos, ya es demasiado tarde.

CARLOS. —¿Tarde para qué?

CAROLINA. —Para comprar una póliza.

CARLOS. —¿Una póliza?

CAROLINA. —No..., tarde para comprar cigarrillos... (*Viendo la mirada de Carlos.*) Ay, Carlos, sabes de sobra que aunque diga "póliza" lo que quiero decir es cigarrillos.

CARLOS. (*Acercándose.*) —Y por qué no adoptas la sana costumbre de decir directamente lo que deseas expresar en lugar de hacerme suponer siempre que se trata precisamente de lo contrario.

CAROLINA. —Huy, Carlos, que eres complicado...

CARLOS. —Y ahora me voy a ver al jefe de estación.

CAROLINA. —¿Para qué?

CARLOS. —¿Cómo para qué? Para preguntarle cuánto falta para que parta ese maldito tren local. (*Mira a Fernando y luego a Carolina e inicia mutis.*)

CAROLINA. —¡Ah, el jefe de estación!... El tiene que saber dónde venden cigarrillos..., ¿se lo preguntaste?

CARLOS. (*Picado.*) —No.

CAROLINA. —Pero, lindo, es lo lógico... El vive aquí, ¿no? (*Conciliante.*) Las cosas más sencillas son las últimas que a uno se le ocurren, ¿verdad que es tonto?

CARLOS. (*Con sonrisa forzada.*) —Tontísimo. (*Mutis de Carlos.*)

CAROLINA. —No sé qué le pasa a Carlos. Está de un humor de perros.

FERNANDO. (*Importante.*) —Carlos sospecha.

CAROLINA. —¿En qué lo nota?

FERNANDO. —En que se ríe a destiempo.

CAROLINA. —Siempre se ha reído a destiempo. Bueno, no hay que perder estos minutos preciosos que nos quedan.

FERNANDO. (*Emocionado.*) —Sí, preciosos para mí, Carolina... Tal vez no nos volvamos a encontrar así..., a solas..., usted y yo.

CAROLINA. —No nos pongamos románticos, por favor.

FERNANDO. —Pero, Carolina..., yo...

CAROLINA. (*Sin oírlo.*) —Lo ideal sería encontrarse con al-

guien a quien le hubiese sucedido algo semejante, para saber qué pasa.

FERNANDO. —Pero... (*Cambiando de idea.*) Bueno, ¡me convence! Hablemos de ollas. ¡Pasémonos la vida hablando de ollas! ¿En qué estábamos?

CAROLINA. —En que la olla salta. Ahí está lo grave, porque también en el closet tengo guardados cinco chuicos con parafina.

FERNANDO. —¿Para qué tanta parafina?

CAROLINA. —La estufa en invierno, el racionamiento, la lámpara de parafina.

FERNANDO. —Ah..., la lámpara...

CAROLINA. —Qué, ¿es peligroso?

FERNANDO. —No, pero me la imagino a usted una noche de lluvia, bordando a la luz de esa lámpara antigua, como escapada de otro siglo...

CAROLINA. —¡Su tía otra vez! Es usted de una insensibilidad...

(*Entra el Portaequipaje.*)

PORTAEQUIPAJE. —El expreso a Santiago, dentro de cuatro minutos. (*Carolina lo sigue con la vista. Mutis Portaequipaje.*)

FERNANDO. —Quiero distraerla, Carolina. No puedo verla sufrir de ese modo. ¿Qué podría hacer? ¿Quiere que toque alguna cosita en el violín? ¿Un poco de música?...

(*Vuelve el Portaequipaje.*)

PORTAEQUIPAJE. —Cuatro minutos para el expreso a Santiago. (*Mutis.*)

CAROLINA. —¡Música! ¡Psch! Lo que necesito son hechos; ¿comprende?: ¡“hechos”!

FERNANDO. —Bueno, ¡qué quiere! A pesar del progreso, no han inventado aún dispositivos que permitan apagar el gas a distancia... o por telepatía...

CAROLINA. (*Coqueta y suave.*) —Pero... se puede tomar un tren de vuelta a Santiago...

FERNANDO. (*Sobresaltado.*) —¡Carolina!

CAROLINA. —¡Dijo usted que estaba dispuesto a todo!

FERNANDO. —A todo, menos a separarme de usted.

CAROLINA. —Desea ayudarme, ¿sí o no? (*Pausa.*) Tal vez todo lo que dijo antes no era sino palabrería. ¡No debí fiarme de un violinista!

FERNANDO. —¡No ofenda a mi violín! Después de usted, es lo que más quiero. Escuche: me iría, sin vacilar, si exis-

tiese el menor peligro; pero no lo hay. Por favor, confíe en mí. Razonemos, deduzcamos.

CAROLINA. —No; es inútil. ¡No me puedo quitar esa olla de encima! Es posible que no pase nada, pero puede también que se produzca un incendio. Usted no sabe lo que es comprar un terreno a plazos, con préstamos y dificultades, y luego construir con tanta ilusión una casa. Si fuera usted un poquito más comprensivo me diría: "Déme sus llaves, tomo un tren de vuelta y apago el gas". Pero no, usted no entiende, porque esto es un hecho de la realidad, que no se arregla con soñar o dejar de soñar. Estoy segura de que Carlos al menos comprendería. Se pondrá furioso, pero... Tengo que compartir esta angustia con alguien... Llamaré a Carlos... (*Sin ganas, saliendo.*) Carlos...

FERNANDO. (*Presa de una horrible lucha interior.*) —No; no llame a Carlos. Esto queda entre usted y yo. Será... ¡un secreto entre los dos! (*Heroico, tiende una mano sin mirarla.*) ¡Déme esas llaves!

CAROLINA. —¿De veras? ¿Lo dice de corazón?

FERNANDO. —De todo corazón.

CAROLINA. (*Abrazándolo impetuosamente.*) —Gracias, Fernando... (*Con toda naturalidad lo besa en la mejilla. Oye el expreso y se desprende de sus brazos, mientras Fernando la mira emocionado.*) ¡Viene en esta dirección!... Es el expreso a Santiago... ¡Rápido! ¡Las llaves! (*Corre de un lado a otro, buscando. Vacía la cartera sobre el banco, Fernando sigue inmóvil por la emoción.*) Mire: ésta es la de la mampara y ésta más amarillenta la de la puerta de entrada. Ponga atención, por favor; tiene maña, hay que inclinarla un poco hacia la derecha (*se persigna para saber cuál es la derecha*); no, hacia la izquierda. La cocina está al final del pasillo... Su maletín... (*Se lo pasa.*) Ah... y mi dirección en el campo para que me mande un telegrama diciendo que apagó el gas... Un lápiz... ¡un lápiz! (*El se busca.*) ¡El de las cejas! (*Lo encuentra en su cartera.*) Papel; papel, por favor...

FERNANDO. (*Tendiendo su brazo para que escriba en el puño de su camisa.*) —¡Aquí!

CAROLINA. —Mi dirección. (*Escribe.*) Ah... y busquemos un nombre supuesto, no quiero que Carlos sospeche... Rápido..., ¡un nombre!

FERNANDO. (*Mirándola embobado.*) —¡Greta Garbo!

CAROLINA. —No, ¡algo más local!

FERNANDO. —Más local... María Pérez.

CAROLINA. —Eso es, María Pérez, no lo olvide... (*El inicia mutis.*) ¡Su violín!

(*Fernando regresa por su violín y, a la pasada, con toda naturalidad le da un beso y corre hacia el andén. Se detiene antes de salir del escenario y le dice.*)

FERNANDO. —¡Adiós, mi amor!

(*Sale y se tropieza con Carlos que viene entrando. Se detiene Carlos y tira al suelo los cinco paquetes de cigarrillos que traía en la mano.*)

CAROLINA. (*Con aire de culpable, se inclina y recoge los cigarrillos.*) —Carlos..., qué manía la tuya de tirar todo al suelo... (*Ante el silencio de él.*) ¿Qué alcanzaste a oír?

CARLOS. —Alcancé a oír, exactamente: "Adiós, mi amor". Qué cursi. (*Se sienta. Luego se levanta.*) Tal vez le pegue.

(*Se oyen las palmadas de la partida del tren.*)

CAROLINA. —No hay tiempo. ¡Se fue el tren! (*Suspira feliz.*)

CARLOS. —De modo que ese "bicho" eran los calambres de tanto estar sentada, el "nada" y el "todo" en que venías pensando..., ese confusionismo al hablar... y esa prisa desvergonzada por deshacerte de mí... ¿Crees que soy tan idiota que no me doy cuenta de nada?

CAROLINA. —Carlos..., divagas... El nervioso eras tú, lindo. Siempre te sucede cuando te quedas sin cigarrillos..., estás completamente enviciado por la nicotina.

CARLOS. —Enviciado por la nicotina... ¿Y cómo explicas entonces que ese imbécil con facha de delincuente se despida de ti con un "Adiós, mi amor"?... ¿No te parece mucha soltura de cuerpo?

CAROLINA. —Carlos..., ¡estás celoso!

CARLOS. (*Sin mirarla.*) —Hm. Así como suena. Estoy celoso.

CAROLINA. —Pero, Carlos..., tú siempre has jurado que eres incapaz de sentir celos; que los celos son una de las manifestaciones del complejo de inferioridad.

CARLOS. —¡Qué hombre no ha dicho esa estupidez al menos una vez en su vida!

CAROLINA. —Huuy, Carlos..., ¡estás haciendo el ridículo!

CARLOS. —Asegurador contra incendios... Y tuviste la desfachatez de presionar para que le tomara una póliza...

Oye... (*La observa.*) ¿Cuánto tiempo hace que vienes interesándote en los aseguradores? ¿Ah?

CAROLINA. —Ay, por favor..., ¡no me vas a hacer una escena de celos!

CARLOS. —¿No crees que me has dado suficiente motivo?

CAROLINA. —Eres de lo más mal pensado que hay, lindo. Te pregunté si estábamos asegurados porque... venía preocupada; ésa es la verdad. Supón-te que al salir de vacaciones, como ahora, se quede algo encendido en la casa. De ahí a un incendio...

CARLOS. —¿Y no sabes que para esos percances yo tomo otro tipo de precauciones?... ¡Cierro las llaves de paso! ¡Gran invento las llaves de paso!

CAROLINA. (*Anonadada. Voz inexpressiva.*) —¿Lo... hiciste ahora?

CARLOS. —Evidente.

CAROLINA. —¿La de la luz... y la del gas?

CARLOS. —Lógico... (*Observándola.*) ¿Y esa cara?

CAROLINA. —¿Hm?

CARLOS. —Carolina..., ¡te habías dejado algo encendido! ¿Fue la plancha, como ese año que fuimos a Cartagena? ¿O qué?

CAROLINA. —Ay, no empecemos con interrogatorios. Aquí no estamos en los tribunales. Es terrible ser la mujer de un abogado.

CARLOS. —No te vayas por la tangente. ¿Qué fue?

CAROLINA. —¡Bueno ya! Admito que venía... con una ligera incertidumbre...

CARLOS. —¡Carolina!

CAROLINA. —Y aunque se me hubiera quedado algo encendido, no tienes por qué adoptar ese tono de superioridad... A ti también te pasan cosas, ¿no? ¿No dejas nunca la mampara mal cerrada? ¿Ah? Todavía no me conformo con que nos robaran la radio y los cubiertos el verano pasado.

CARLOS. —¡Bah! ¡Cualquiera diría que yo tuve la culpa!

CAROLINA. —¿Fue mía entonces? ¿No eres tú el encargado de verificar que la puerta quede bien cerrada cuando salimos de vacaciones?

CARLOS. —No la dejé mal cerrada. Lo que sucede es que esa chapa no es nada segura.

CAROLINA. —Es lo mismo, lindo. Podías haber cambiado la chapa este año y no lo hiciste.

CARLOS. (*Riendo.*) —Ah..., ¡pero esta vez hice algo mucho más eficaz que cambiar la chapa!... Creo que me voy a divertir..., porque te diré que a ese ratero lo tengo muy ubicado. Te apuesto que es el cuidador que viene al frente, a la casa de los Gómez. Estoy seguro de que tiene una llave que le hace a nuestra puerta. Pero... que se atreva a entrar. (*Se ríe.*) ¡Le tengo preparada una sorpresa!...

CAROLINA. —¿De veras? ¿Qué hiciste?

CARLOS. —¿No te llamó la atención que me quedara tanto rato en la puerta mientras tú buscabas un taxi? (*Ella asiente.*) Le preparé una trampa...

CAROLINA. (*Reacciona de pronto, aterrada.*) —¡Carlos! ¡Una trampa!... ¿Es mortal?

CARLOS. —Depende de la resistencia del tipo.

CAROLINA. —¡Qué barbaridad hiciste, Carlos, por Dios!

CARLOS. —Tanta compasión por los rateros... ¿Ves? Porque todos piensan como tú, tenemos esta plaga en Chile...

CAROLINA. (*Pisando su parlamento.*) —Bueno, pero, díme, ¿qué fue lo que hiciste?

CARLOS. —¿Te acuerdas del baúl lleno de fierros que tu tío no se quiso llevar nunca? Lo encontré en la despensa: eso me dio la idea. Lo coloqué sobre el saliente que hay entre la mampara y la puerta, y lo amarré con una cuerda, de manera que al que entre sin estar prevenido le caiga encima!

(*Junto con decir Carlos "le caiga encima", cae un pesado saco que tira el Portaequipaje antes de entrar al escenario. Carolina, que está de pie cerca de la maleta, con un sobresalto al asociar esta caída con la posible caída del baúl sobre el violinista, cae sentada sobre la maleta, agobiada, y se queda mirando fijo ante sí, con la misma actitud del principio, de preocupación, pero aún mayor. Entra en seguida el Portaequipaje dando palmadas para anunciar el tren local.*)

PORTAEQUIPAJE. —El tren local parte dentro de cuatro minutos..., el tren local parte... (*Lo dice cerca de Carolina, que con un gesto de la mano lo aparta, demasiado afligida para darse cuenta de lo que sucede. Continúa su camino hasta salir por el otro lado diciendo.*) Si van a tomar ese tren, pasen a la otra vía... (*Sale.*)

CARLOS. (*Que mientras tanto empieza a recoger paquetes y se los va pasando a Carolina.*) —¡No sería nada de raro

que al volver de las vacaciones nos encontráramos con un sujeto delirando entre la puerta y la mampara! (*Al ver que Carolina no reacciona.*) ¡Carolina!

CAROLINA. (*Automáticamente.*) —Sí, Carlos...

CARLOS. —¿No oíste? ¡El tren local! (*Le pasa la caja de sombreros, que ella coloca distraídamente sobre su falda.*)

CAROLINA. —Sííí, Carlos...

CARLOS. (*Pasándole otros paquetes que ella, siempre sentada sobre la maleta, sigue colocando sobre su falda.*) —Oye..., ¿piensas quedarte ahí sentada toda la tarde?

CAROLINA. (*Al borde de las lágrimas.*) —Nooo, Carlos...

CARLOS. (*Tirando con rabia un paquete al suelo.*) —¡Cuándo vas a bajar de la luna, mujer, por Dios!

CAROLINA. (*Aún sentada y afligida.*) —No sé, Carlos...

TELÓN

